Ángel de la guarda.

Luisfe

Capítulo 1

Camino por el puente sujetando un par de calas blancas entre mis manos. El sol primaveral golpea mi rostro, pero sus rayos tiernos, no me libran de la melancolía. Esa sórdida melancolía que la traigo, desde hace un tiempo atrás. El viento me acerca el aroma del césped recién cortado, pero este no me tranquiliza. Me acerco a mi destino en la mitad del puente y no puedo impedir pensar, que a veces la vida es tan fría, solitaria y la muerte quizás es el mas sencillo de los caminos.

Miro hacia el otro extremo del puente. Veo humo y fuego. Una multitud de personas vitoreando y reclamando un nuevo porvenir. Ya no hay aroma a césped recién cortado sino que hay olor a combustión.

Llego a mi destino. Una animita blanca en el borde del puente, con flores secas que se deshacen con la mas suave brisa. Coloco las calas en una botella cortada y sin pensarlo, me subo sobre la barandilla. Aquél funesto sentimiento está en su máximo fervor. Entonces, me siento sobre la barandilla y miro hacia el infinito, inclinándome más hacia adelante, que hacia atrás.

El viento y el mar en el fondo me hacen evocar aquel día en mi desgastada mente. Ese día, cruzaba el puente temprano por la mañana y observaba el sol que salía detrás de la cordillera. Sentí que abajo del puente, alguien me llamaba y fue entonces cuando noté que al lado del rio se hallaba un hombre tirado, inmóvil y que miraba hacia el cielo. Bajé por él, sobrepasando abundante tierra y vegetales, húmedos de rocío. Llegué a la orilla del rio y quedé frente al cuerpo inerte.

Me posé a su lado y vi su última expresión. De sus ojos sin brillo aún se desprendían cristales húmedos, su rostro ya blanquecino seguía perdiendo color, sentí en ese momento algo parecido a un soplo y este atravesó todos los poros de mi piel, quizás llegó hasta mi espíritu. Puesto que

desde aquella vez no he podido dejar de pensar, en que pasaría si le hubiera dado un consuelo a Fernando Munizaga. Ya que en la madrugada de ese mismo día, yo a el lo había visto. Miraba el horizonte estrellado y el mar, pasé a su lado y no me percaté, que aquella escena sería su última imagen y aquel horizonte, su única verdad. Pues momentos mas tarde, seguramente, el habría llegado a la conclusión de que ya era momento de ceder y cortar el frágil filamento del cual pende la vida.

Ahora me levanto en el otro lado de la barandilla, puedo sentir la libertad. Solamente me adhiero con mis manos al puente y me inclino. Puedo escuchar los gritos de las personas. La policía ha llegado, los ojos me comienzan a llorar, entonces los cierro. Puedo sentir el duelo entre bandos tan opuestos como igual. Me suelto una mano y es la otra solamente, la que me adhiere al puente. Cuanta brisa fresca se puede sentir. Imagino el cadáver de Fernando y al mío, en el mismo lugar. Quiero acompañarlo pero algo me detiene poco antes de saltar. Siento que alguien me toma de la mano.

Entonces lo pienso nuevamente y el órgano que me da lucidez, comienza a reaccionar. Retrocedo y cruzo nuevamente la barandilla, no es momento todavía de cortar el filamento. Siento aún ese calor en mi mano y me inunda la pena, inocente pena y pido perdón. Perdón a la vida, perdón a la muerte. Perdón a mi mismo, por tratar de huir y no pelear. Perdón a Fernando por no tratar de evitar semejante destino.

Abrazo la animita aún sintiendo esa pena que drena mi corazón, pero mientras lloro siento que alguien, me abraza por detrás. Ya no estoy tan solo. Inmerso en su consuelo me mantengo por un momento, hasta sentirme realmente en paz, aún sabiendo que detrás de mi, no hay nadie físicamente.

Le doy mis profundos agradecimientos a Fernando y me despido de el, pero no retrocedo, ni tampoco me devolveré. Sigo cruzando el puente, puesto que nuevamente, tengo ganas de luchar.

Es curioso que aquel cadáver siempre aparezca en mis sueños, sobre todo en tiempos donde abandono la esperanza. Pero él no es causante de aquello, sino que de todo lo contrario. Soñando lo puedo ver desde lo alto del puente. Está recostado a un lado del rio observándome con sus ojos acristalados. Escruta como cruzo el puente de la vida y que no me detenga a mitad de camino, en el paradero, de la muerte.